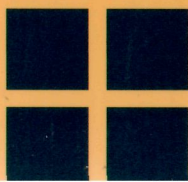


Dolores Aleixandre

*Dame
a conocer
tu nombre
(Gn 32,30)*

*Imágenes bíblicas
para hablar de Dios*



ST

BREVE

Dame a conocer
tu nombre
(Gn 32,30)

Imágenes bíblicas
para hablar de Dios

(2.^a edición)

Editorial SAL TERRAE
Santander

Índice

© 1999 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
<http://www.salterrae.es>

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1314-1
Dep.Legal: BI- 488 -00

Fotocomposición:
Sal Terrae – Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Bilbao

<i>Introducción</i>	7
1. Seno materno.	13
2. Roca firme	23
3. Tienda de refugio.	31
4. Alas de águila	39
5. Mesa de banquete	49
6. Nube densa.	59
7. Espacio abierto	71

Introducción

A pesar de que puede sonar un poco irreverente, no puedo evitar la impresión de que la Biblia en su totalidad es una gigantesca operación de *marketing*, cuidadosamente diseñada para conseguir, a través de mil registros subliminales o patentes, transformar radicalmente la imagen de Dios en sus oyentes/lectores («clientes»).

Si la afirmación no nos escandaliza de manera irremediable y aceptamos entrar al menos provisionalmente en su perspectiva, nos será más fácil entender el por qué de los innumerables nombres, metáforas, imágenes y calificativos (¡ojo!, nunca definiciones, a no ser la de Juan de que «Dios es amor»: 1 Jn 4,8) que se van atribuyendo a Dios. Su pluralidad nos obliga a relativizar cualquier símbolo que quiera sobrevalorarse como definitivo o absoluto, recordándonos que Dios trasciende nuestro hablar acerca de Él.

Lo mismo ocurre con tantas narraciones, en apariencia inconexas, en torno a personajes que vivieron diferentes modos de encuentro con Él: más allá de las peripecias y del desenlace de cada una, lo que es común a todas es la imagen de un Dios que crea relaciones personales, porque –dice Abraham Heschel– *«la esencia del pensamiento religioso hebreo no consiste en poseer un concepto de Dios, sino en su capacidad de recordar los momentos de iluminación suscitados por su presencia. Israel no es un pueblo de teólogos, sino de testigos»*.

Los autores bíblicos no utilizan el lenguaje *descriptivo* que pone en una relación fija con significados convencionales y bien definidos: lo hacen en lenguaje *indicativo*, que alude a aquello que somos incapaces de comprender plenamente, y no pretende proporcionar ideas a la mente, sino introducir en la realidad que significa. Son conscientes de no poseer el conocimiento de Dios más que como símbolo, es decir, como «mitad rota» y de manera fragmentaria; y para entender cómo hablan de Dios podríamos parafrasear la afirmación de Pablo sobre el Evangelio: la fuerza salvadora de Dios se manifiesta a través de unas *imágenes en continuo crecimiento* (cf. Rom 1,17).

Pero, siguiendo con la comparación del *marketing*, nos encontramos con que ese recorrido está muy lejos de ser triunfal: la imagen de Dios que pretenden «vender» los escritores bíblicos tiene peligrosos competidores. Unas veces por las creencias religiosas de las naciones vecinas que influyeron en la fe israelita; otras, por la «dura cerviz» de un pueblo que preferiría tener un Dios que no le complicara tanto la vida; otras, por culpa de viejas imágenes que los propios oyentes/lectores de la Biblia tenemos introyectadas de manera atávica. Sea por lo que sea, el caso es que el empeño de los autores bíblicos no siempre tiene éxito, y demasiadas veces han sido «empresas enemigas» las que han conquistado la opinión pública con su oferta de un Dios preferentemente dedicado a dar órdenes y a ejercer un poder imperial; un Dios juez implacable, policía con block de multas en ristre, soberano que todo lo controla, ojo-en-triángulo que todo lo escruta.

En el fondo, tendríamos que preguntarnos estupefactos el por qué del triunfo de unas imáge-

nes de Dios de las que ha nacido una religión autoritaria, fijada estáticamente en la obediencia y la sumisión, en la dependencia unilateral y asimétrica, en la coacción interiorizada, y qué es lo que nos seduce de ese Dios «*cuya cualidad más importante es el poder, cuyo interés es la sumisión, cuyo miedo es la igualdad de derechos*» O qué es lo que puede hacernos desear que «*el poder sea la categoría central de nuestra vida*»¹.

No parece que fuera ése el contenido que tenía para Jesús la invocación «*Abba*», y es a partir de ella, y no al revés, como tenemos que leer las imágenes de Dios que nos ofrece el Antiguo Testamento. Recorrerlo así, «de imagen en imagen», puede convertirse en un itinerario mistagógico que nos lleve hasta el umbral del Nuevo y nos ayude a estar mejor preparados a la hora de escuchar de labios de Jesús la palabra *Abba*. Eso sí, siendo conscientes de que al llegar ahí se acaban nuestros saberes y les caduca el código de barras a otras formas de conocimiento, porque «*nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (Lc 10,22).

Podemos preguntarnos si Jesús mismo recorrió este itinerario y cómo marcó su propia vivencia religiosa; pero antes vamos a acercarnos al Evangelio (en este caso a los sinópticos) tratando de rastrear los caminos por los que podemos suponer que accedió, según los evangelistas, a ese conocimiento del Padre. Y su respuesta nos orienta en estas direcciones:

- **los momentos «teofánicos» de su vida**, como el bautismo o la transfiguración. Los evangelistas se sirven de ellos para proclamar que la

1. D. SÖLLE, *Reflexiones sobre Dios*, Barcelona 1996, p. 29.

identidad de Jesús consiste en ser el Hijo amado del Padre;

- **los tiempos de oración personal** que Jesús dedica al encuentro con Dios en sus noches o madrugadas de oración, esos momentos en los que los evangelistas parecen querer descubrirnos cuál es el eje transversal que recorre su vida entera, qué manantial secreto la fecunda, qué roca le da consistencia;
- **la vida cotidiana y la gente** con la que se encuentra: nunca da la impresión de que el encuentro con su Padre quede limitado a las noches o madrugadas que dedica a la oración, sino que cada circunstancia, cada situación y, sobre todo, cada relación en medio de su vida ordinaria, se convierte para él en una ocasión de contacto, de recuerdo, de súplica, de alabanza, de acción de gracias o de bendición. Una lámpara que se enciende para alumbrar la casa, los pájaros o los lirios, la levadura que una mujer mezcla con la masa del pan, el remiendo de una túnica, unos pellejos de vino, una fiesta de bodas, un labrador sembrando, una semilla que crece por sí sola, un campo lleno de cizaña, un pastor que pierde una de sus ovejas, una mujer buscando una moneda, un padre celebrando fiesta por su hijo vuelto a casa: a Jesús todo le recuerda a su Padre, todo se le hace peldaño para subir o bajar hacia Él, todo se le vuelve oportunidad para encontrarle, para hablar de Él, para tender un puente que los mantiene en comunicación;
- **las tradiciones de su pueblo**, lo que escuchaba los sábados en la sinagoga o en la liturgia

del Templo. Israel era un pueblo enormemente preocupado por la transmisión de su fe:

*«Lo que oímos y aprendimos
y nos contaron nuestros padres,
no lo encubriremos a sus hijos,
lo contaremos a la siguiente generación:
las glorias del Señor, y su poder,
y las maravillas que realizó.
Pues él hizo un pacto con Jacob
y dio una instrucción a Israel,
el mandó a nuestros padres
que lo hicieran saber a sus hijos,
de modo que lo conociera
la generación siguiente,
los hijos que habían de nacer,
que ellos sucedieran
y se lo contaran a sus hijos,
para que pusieran en Dios su esperanza
y no olvidaran las hazañas de Dios...»
(Sal 78,3-6).*

Esta última será la pista que seguiremos aquí, tratando de buscar qué lenguaje sobre Dios «permitió» a Jesús llamarle Padre o, expresado de otra manera, a partir de qué «imágenes-hebra» está tejido el tapiz de su invocación; o qué colores (muchos más que los siete que van a aparecer en estas páginas...) dan el «blanco» del término Abba. Vamos a rastrear, por tanto, cuál podría ser el «imaginario» nacido de la tradición de su pueblo que poblaba la mente y el lenguaje del judío Jesús, y a aproximarnos a contextos nuevos que permitan que la invocación resuene con más profundidad.

Siempre que sea posible, haremos remontar ese lenguaje a su origen elemental, porque las pa-

labras bíblicas se van cargando de significado con el tiempo, sin abandonar los ya logrados, lo mismo que en un árbol talado vemos las sucesivas capas concéntricas acumuladas con los años².

Y como el encuentro con Dios nunca es fruto de nuestra habilidad o inteligencia a la hora de buscarle, dejaremos, a partir de cada una de las imágenes, una puerta abierta a la oración, porque la meta de nuestra búsqueda de Dios no es estar más informados acerca de Él, sino invocarle y «practicarle»³. Y a la hora de orar, nos acercaremos con infinita reverencia, como diría Ignacio de Loyola, a la oración misma de Jesús, como si, junto con Pedro, Juan o Santiago, lo acompañáramos al monte o al descampado adonde se retiraba a encontrarse con el Dios que está en lo escondido. Y allí trataremos de escucharle, pidiéndole como Jacob: «**Danos a conocer Su nombre**».

Es verdad que es un atrevimiento, pero en el evangelio de Juan leemos que él no nos llama siervos, sino amigos, y que quiere comunicarnos todo lo que ha escuchado de su Padre (cf. Jn 15,15). La misma Iglesia nos llama también al atrevimiento cuando nos invita a pronunciar en cada Eucaristía el Padre Nuestro. Y, sobre todo, la misión del Espíritu que habita en nosotros es ponernos en sintonía con Jesús y adentrarnos, como hijos que somos, en su relación con Aquel a quien llamaba *Abba*.

2. M. SANS, *Autorretrato de Dios*, Bilbao 1994, p. 42.

3. Al comenzar el año del Espíritu, le oí decir a Josep M^o Rovira que, más allá del empeño eclesial de reflexión teológica y del esfuerzo por dedicarle congresos, simposios y publicaciones, la mejor manera de vivirlo y celebrarlo sería dedicar más tiempo a abrirnos silenciosamente a Él en la oración. Pienso que la misma recomendación es válida para el año dedicado a Dios Padre.

1

Seno materno

El amor de los padres es la experiencia relacional universalmente reconocida como la más honda, verdadera y gratuita. Es un amor que no reclama nada a cambio, y sus manifestaciones van más allá de todo cálculo. Por eso no es de extrañar que los autores bíblicos acudan a ella, aunque lo hagan con sobriedad retenida, para evitar que YHWH sea confundido con los dioses de las religiones naturalistas de otros pueblos.

*«Aunque mi padre y mi madre
me abandonen,
el Señor me acogerá» (Sal 27,10).*

*«Decía Sión:
“Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado”.
¿Puede una madre
olvidarse de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella se olvide,
yo no te olvidaré» (Is 49,14-15).*

*«Yo enseñé a andar a Efraím
y lo llevé en mis brazos...
Con cuerdas de ternura,
con lazos de amor los atraía;*

fui para ellos como quien alza
un niño hasta sus mejillas
y se inclina hasta él
para darle de comer...» (Os 11,3-4).

«Señor, tú eres nuestro padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero,
somos la obra de tus manos» (Is 64,7).

«Abraham no sabe de nosotros,
Israel no nos conoce;
tú Señor, eres nuestro padre,
tu nombre de siempre es
“nuestro redentor” » (Is 63,16).

«Como un niño
a quien su madre consuela,
así os consolaré yo» (Is 66,13).

Sus representaciones imaginativas no se limitan a hablar de la paternidad de Dios, sino que, a la hora de expresar su experiencia de cómo es ese Dios por el que se sienten acogidos e inexplicablemente queridos, recurren a un adjetivo verbal, *raham*, de la misma raíz que se emplea para decir útero, seno materno, y cuya mejor traducción sería «entrañable». A través de él nos comunican imágenes de abrigo y protección cálida, de nutrición, seguridad y vida a salvo dentro de un espacio acogedor materno que posibilita la existencia y el crecimiento⁴.

4. «La dimensión simbólica del “fundamento del ser” apunta a la cualidad materna de dar la vida, educar, abrazar y, al mismo tiempo, hacer volver, soportar la independencia de lo que ha sido creado y asimilarla» (Paul TILICH, *Systematic Theology*, Chicago 1963, pp. 293-294), citado por Sally McFAGUE, *Modelos de Dios. Teología para una época ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander 1994, p. 172.

La matriz es el espacio en el que la vida se desarrolla, y la imagen evoca la existencia de relaciones de solicitud, afinidad y cercanía entre YHWH y su pueblo.

En uno de sus diálogos con Él, lleno de desinhibición y atrevimiento, Moisés le advierte que no se le ocurra cargarle a él con unas obligaciones que no son las suyas, y le recuerda que la verdadera madre del pueblo es Él mismo (usa los verbos *concebir*, *engendrar* y *llevar en el regazo*):

«¿Por qué tratas mal a tu siervo y no le concedes tu favor, sino que le haces cargar con todo este pueblo? ¿He concebido yo a todo este pueblo o le he dado a luz para que me digas: “Coge en tus brazos a este pueblo, como una nodriza a la criatura, y llévalo a la tierra que prometí a sus padres”? ¿De dónde sacaré carne para repartir a todo el pueblo?... Vienen a mí llorando: “Danos a comer carne”. Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas...» (Num 11,11-15).

«¿Si es mi hijo querido, Efraím,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que le reprendo
me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas
y cedo a la compasión» (Jer 31,20).

Pero más allá de las cualidades convencionalmente asociadas con la maternidad, como la ternura, el cuidado y la nutrición, aparecen otras menos relacionadas con la dulzura y más con la defensa activa. Quienes generan vida se arriesgarán por ella y lucharán contra todo lo que impida

su realización. A esa experiencia recurre Oseas cuando, atrevidamente, habla de Dios como de «una osa a quien le roban las crías...» (Os 13,8).

La faceta divina que se quiere expresar a partir de la metáfora del amor materno abarca la implicación de Dios con su creación, a la que ha «gestado», y su compromiso con su mantenimiento, crecimiento y sustento⁵. La fe en Dios como creador no es completa si se queda solamente en la conciencia de la distancia, la diferencia y la dependencia radical del mundo con respecto a Él. Hablar de Dios como madre supone ir más allá de las relaciones de poder y de la insistencia en nuestra inferioridad e insuficiencia; aceptar ese «modelo» supone la convicción de que Él/Ella, que nos ha traído a la existencia, desea nuestro crecimiento y nuestra plenitud y está implicado activamente en ello.

Otra característica del amor materno es su gratuidad, su incomprensible capacidad de no necesitar cualidades ni méritos para amar, y de cuidar de los hijos menores, o enfermos, o limitados, con más solicitud que de los fuertes. Una madre prefiere a su hijo más pequeño hasta que crezca, al que está enfermo hasta que se cure, al que está de viaje hasta que vuelva a casa.

El término griego *agape* intenta dar cuenta de este tipo de amor en el que está ausente cualquier tipo de interés o de medida.

* * *

«Una vez estaba en un lugar orando...» (Lc 11,1)⁶

En nada encuentro tan reflejado tu amor, Abba, como en la manera de relacionarse los padres o las madres con sus hijos. Cuando se me acerca alguien que tiene un hijo o una hija enfermos, sé que terminarán siempre vencién dome y convenciéndome para que los cure. Hay veces en que intento resistirme, por temor a esas reacciones inesperadas de la gente, empeñada en leer mis signos como un ejercicio de poder utilizable para sus causas. Pero cuando son un padre o una madre los que vienen a suplicarme, sé desde el principio que tengo perdida la batalla y que mis reticencias son inútiles. El amor por sus hijos los hace tan fuertes, tan decididos, tan audaces y tan insistentes, que me hace bendecirte por la misteriosa transformación que acontece en tus criaturas cuando la maternidad o la paternidad los ha hecho generadores de vida.

Por eso no puedo encontrar otra palabra mejor para invocarte que la de «Padre» o «Madre», y me llena de alegría el que te des a conocer sobre todo a los que participan de tu amor entrañable y, en cambio, te ocultes a los que pretenden alcanzarte sólo con sus saberes o su ciencia.

Lo pensaba ayer, después de que una mujer cananea con una hija endemoniada vino a suplicarme que se la curara: aún me dura la admiración ante ella por cómo se las arregló

6. En las aproximaciones a la oración de Jesús, evito indicar las citas, pensando que el lenguaje del Evangelio es suficientemente familiar a los lectores, y el incluirlas haría muy pesado el texto.

5. Sally McFAGUE, *op. cit.*, pp. 163-197.

para dar la vuelta a todos mis argumentos: yo defendía mi convicción de no estar enviado por ti más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero ella se encargó con tanta astucia de dar la vuelta al argumento que, al final de nuestro encuentro, entendí que eras tú, Abba, quien me hablaba a través de ella y en su pasión por la salud de su niña llegué a comprender mejor cómo es la tuya por cada uno de tus hijos.

También Jairo consiguió hace poco arrastrarme hasta su casa para que despertara a su hija del sueño de la muerte; y cuando, a la salida de Naím, vi otro día a aquella mujer viuda que acompañaba desolada el cortejo fúnebre de su único hijo, mis entrañas se conmovieron. Me acerqué a ella y, quebrantando todos los preceptos de la pureza, toqué el féretro, lo mismo que había agarrado la manita inerte de otra niña, y en las dos ocasiones sentí que retrocedían las fronteras de la muerte y que, como si se tratara de un parto, aquellas dos criaturas eran alumbradas de nuevo a la vida.

Hace poco, un hombre trajo ante mí a su hijo epiléptico, y no sé qué despertó más mi compasión, si la vista de aquel muchacho revolcándose en el suelo, sacudido por las convulsiones, o la súplica tan desvalida de su padre, que, cuando yo reclamaba su fe para alejar el fantasma de la magia, me dijo: «Creo, pero socorre tú mi falta de fe...».

Por eso, para hablarles de ti, trato de remitirles una y otra vez a su experiencia de paternidad o maternidad: tú los cuidas como una madre lo hace con el hijo que lleva en su vientre; tú estás siempre a favor suyo; tú eres el Dios-en-ellos que desea su crecimiento y su vitalidad y sólo pide su entrega confiada.

Con palabras de los salmos, les invito a reconocerte como Aquel que ha tejido a cada uno en el seno materno y, cuando en lo oculto se iban formando y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían su embrión, y sus días estaban modelados, escritos todos en tu libro, sin faltar uno...

Y puesto que se reciben de Ti, eres Tú quien aporta a sus vidas fuerza, crecimiento y energía. No son fruto del azar ni están abandonados en medio del universo, sino que habitan en el centro de tus entrañas, y tu voluntad sobre cada uno es darles vida, y vida en abundancia.

Pero ellos desconfían de un amor que no provenga de sus méritos, siempre están queriendo hacer cosas para justificarse, como si fuera lo que hacen lo que les otorgara cualidades y méritos para atraer tu mirada. Y yo intento decirles que es al contrario: que su existencia es hermosa y está justificada mucho antes de que hagan o dejen de hacer algo, porque un hijo no necesita ganarse el amor de su madre, sino que ella lo quiere porque sí, porque no lo puede remediar, lo mismo que el sol no puede dejar de dar luz y calor; o como la lluvia, que no cae sólo sobre tierras buenas y trabajadas, sino también sobre las que no lo son, y que es precisamente ese agua que las empapa gratuitamente la que las hace buenas, y mullidas, y capaces de dar fruto.

Cuando al atardecer me traen a sus enfermos, y toco sus frentes febriles, querría que mi mano tuviera el poder de curar esa otra fiebre que los aleja de ti, ese temor que les hace imaginarte mirando con severidad sus zonas oscuras, todo eso que sienten turbio, o en desorden, o manchado. Y curar su corazón con el

bálsamo de la fe en que, tal como son, los contemplas como una obra prodigiosa de tus manos, y tu perdón que siempre los espera puede siempre recrearlos, rehacerlos y cambiarlos, si se dejan, en una criatura nueva. Porque tu alegría está en transformar la opacidad de su pecado en la blancura deslumbrante de un vestido de fiesta.

Sé que sólo acoger tu perdón los hará capaces de perdonar también ellos, y sólo si se reconocen como hijos de un Dios de entrañas maternas sabrán ir más allá del rencor, la rivalidad y los juicios endurecidos. Por eso tu sueño sobre ellos es que lleguen a hacerse unos para otros madres y hermanos y amigos y generadores de vida.

Para provocarles en la dirección de ese modo de amar que es el tuyo, les digo que la gracia no está en amar sólo a los que les aman, sino a los otros, a los que son sus enemigos, porque sólo la gratuidad y la misericordia les harán parecerse a Ti.

Cuando, hace unos días, vinieron a buscarme mi madre y mis hermanos, yo estaba dentro de la casa cenando con mis discípulos, después de una jornada tensa y agotadora: habíamos caminado mucho, teníamos hambre y, al atravesar un sembrado, arrancamos espigas y las restregamos entre las manos para comerlos los granos. Pero, como era sábado, alguien debió de acusarnos a los fariseos, y mantuve con ellos una discusión tan dura como inútil. Al volver a casa, mis discípulos notaron mi cansancio y trataron de cuidarme a su manera, un poco tosca. Las mujeres que nos acompañaban sacaron vino y pan recién hecho, acompañado de dátiles y aceitunas. Comentamos lo sucedi-

do, y Pedro nos hizo reír al recordarnos la cara de estupefacción del fariseo con quien mantuve la polémica, al oírme comparar con el rey David y los suyos a este grupo de itinerantes marginales que somos.

Aquel ambiente de amistad cálida nos estaba rehaciendo a todos, y yo pensaba que era tu propio cuidado el que nos estábamos dando unos a otros; que era tu ternura la que fluía entre nosotros y la que nos reconstruía para volver de nuevo a la tarea de tu Reino. Y que Tú te complaces más en eso que en la observancia fiel de los seiscientos trece mandamientos de la Torah.

Por eso mandé decir a mis parientes que estaban fuera: «Mi madre y mis hermanos son éstos, los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan».

Fui consciente de que le estaba pidiendo a mi madre un nuevo parto y de que no iba a poder entender del todo mis palabras. Pero sabía también que, en esos momentos, ella las guarda en su interior, confiadas a tu gracia, su fe, el tiempo y el Espíritu.

Y Tú, que te revelas a los sencillos, te alegras de ver cómo la primera creyente de entre tus hijos, la que me recibió en su seno cuando salí del tuyo, sigue acogiendo tu Palabra y guardándola en la tierra buena de su corazón.

2 Roca firme

Estamos acostumbrados a oponer a la *fe* la *incredencia*, y seguramente nos resultará extraña la afirmación de que, en la Biblia, lo contrario de la *fe* es el *miedo*. Cada vez que los autores bíblicos narran una escena en la que Dios se pone en contacto con alguien, las primeras palabras que le dirige son siempre: «*No temas*», como si la barrera del miedo fuera el principal obstáculo para el encuentro, y sólo si ese hombre o esa mujer se deciden a dejar de defenderse de su presencia, puede comenzar a haber comunicación.

En el momento en que Jerusalén estaba sitiada por dos pueblos aliados en su contra, y el rey y el pueblo están temblando de miedo, Isaías escucha una extraña orden del Señor:

«Anda, sal al encuentro de Acaz con tu hijo Sear Yasub y dile: “¡Vigilancia y calma! No temas, no te acobardes ante esos dos cabos de tizonas humeantes”. (...) Así dice el Señor: “Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes”» (Is 7,3.9).

Y recurre a un juego de palabras que insiste en la solidez sobre la que se apoya siempre la *fe* (la raíz. 'MN significa en hebreo «*ser firme, ser sólido, ser seguro, ser estable, sostener...*»). La frase

podría traducirse así: «Si no os atrevéis a apoyarnos en mí, nunca podréis experimentar que sois sostenidos». La fe para un hebreo consiste en apoyarse en alguien en quien se tiene seguridad, fundar en él la propia vida y buscar solamente ahí estabilidad, seguridad y protección:

*«¡Ensalzad a nuestro Dios!
El es la Roca, su obra es consumada,
todos sus caminos son justicia.
es Dios de lealtad, no de perfidia,
es justo y recto» (Dt 32,3-4).*

*«El Señor, mi roca y mi baluarte,
mi liberador; mi Dios,
la peña en que me amparo,
mi escudo y fuerza de mi salvación,
mi ciudadela y mi refugio,
mi salvador que me salva de la violencia (...)
Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
el Dios de mi salvación sea ensalzado.»
(2 S 22,2-3.47).*

Para un griego, enamorado de la perfección luminosa, es cierto lo que está descubierto, privado de sombra y de oscuridad; para un latino, sensible a los principios jurídicos, es cierto lo que es auténtico, de procedencia garantizada. Para un hebreo, es verdadero lo que se ha puesto a prueba y hallado sólido. La verdad en la Biblia no se opone al error, sino a la mentira y a la vanidad, es decir, a lo que está falto de solidez⁷. Mientras a sus ojos los falsos dioses son ídolos, imágenes estériles y sin poder, Israel llama a su Dios «*el Dios del Amén*» (Is 65,16), aquel con quien siem-

pre se puede contar y sobre el que pueden apoyarse sin temor.

*«Confiad en el Señor por siempre,
porque en el Señor
tenéis una Roca eterna...» (Is 26,4-5).*

En cambio, quien vacila en su confianza en Dios siente hundirse la tierra debajo de sus pies:

*«¡Ay de los que abandonan
al Dios de su salvación
y no piensan en la roca de su refugio!»
(Is 17,10).*

De ahí las exhortaciones a no temer, a salir del miedo y a apoyarse en Aquel que fortalece las manos débiles y sostiene las rodillas vacilantes.

La fórmula «*no temas*» (Ex 14,13.31; Is 8,6-7.12-15; 28,11-12; 30,15; Jer 1,17; 30,10; Is 37,6-7; 51,7-8...) va acompañada de una serie de exigencias de Dios, que se presenta como el que puede liberar del miedo:

- contar siempre con su presencia (Jer 1,1-8; Jue 6,14-16);
- invocarle como el «Dios-con-nosotros» (Is 7,14);
- fiarse de Él antes de recibir signos (Jue 7,9-15);
- aceptar los medios débiles que él les ofrece (Is 7-12; 1 Sm 17,45; Jud 16);
- recordar que su estabilidad es la roca sólida sobre la que pueden construir el edificio de su propia existencia.

* * *

⁷ J. GUILLET, *Temas bíblicos*, Madrid 1963, p. 43.

**«Salió a una montaña a orar
y se pasó la noche orando a Dios»
(Lc 6,12)**

Tienen casi siempre miedo, Abba; lo leo en sus ojos cuando se acercan a mí, o yo a ellos. Me di cuenta por primera vez al ver cómo reaccionaba Pedro cuando le pedí que se viniera conmigo: *«Aléjate de mí, que soy un pecador»*, me dijo, y me hizo recordar a Isaías, temblando de pies a cabeza cuando se le manifestó tu gloria en el templo. Y también al atemorizado Jeremías diciéndote: *«Mira que no sé hablar, que sólo soy un muchacho...»*.

Entiendo que la misión que les confiabas les asustara: también yo siento la mía gravitando sobre mis hombros, y a veces me abrumba, como si me faltara el suelo debajo de los pies. Pero en esos momentos, cuando soy consciente de mi fragilidad, escucho, como Elías en el Horeb, tu voz silenciosa diciéndome: *«No tengas miedo, yo estoy contigo»*. En esos momentos siento que todo mi ser se apoya seguro sobre roca, que en torno a mí se alza una muralla inexpugnable, o que estoy en lo alto de un picacho rocoso, con abasto de pan y provisión de agua...

Desde niño me gusta un himno que cantábamos cada año mientras subíamos a Jerusalén desde Galilea para celebrar la Pascua:

*«Los que confían en el Señor
son como el monte Sión:
no vacila, está asentado para siempre.
A Jerusalén la rodean las montañas,
a su pueblo lo rodea el Señor»
(Sal 125,1-2).*

Y también aquel otro en el que proclamamos:

*«El Señor es tu guardián,
el Señor es tu sombra,
está a tu derecha.
De día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche» (Sal 121,5-6).*

He aprendido a vivir así, Abba, seguro de que tú eres para mí guardián que nunca duerme, almena y escudo que me defiende, manos en cuya palma está escrito mi nombre...

Pero ¿cómo hacérselo saber a ellos?; ¿cómo convencerles de que pueden apoyarse en ti sin temor? Me doy cuenta de que temen, sobre todo, aquello que no pueden controlar, y desconfían de aquello que no son capaces de constatar inmediatamente.

Los conozco bien, y a veces pienso que ellos y yo estamos en distintas orillas en algún lugar del Jordán, y a ellos, desde la suya, les parece muy hondo e imposible de atravesar sin perder pie. Y yo, que ya lo he cruzado y sé que hay vado, les digo: *«No tengáis miedo, hay roca debajo aunque no podáis verla, podéis apoyarlo apoyándoos en ella...»*. Pero ellos prefieren quedarse del otro lado, paralizados por el temor a lo que aún no han comprobado por sí mismos. Y la seguridad que les ofrece la orilla familiar les impide correr el riesgo de avanzar hacia lo desconocido, cuando sólo allí harían la experiencia de que tú sostienes a todos los que se atreven a fiarse de ti.

Estoy tan acostumbrado a que ésa sea su reacción que, cuando encuentro en ellos gestos de confianza, me siento tan deslumbrado como si hubiera encontrado un tesoro escondido. Y por eso me gusta tanto estar con los niños, mirar su tranquila concentración cuando

juegan, su instintiva seguridad en que los mayores estamos ahí para cuidarlos, y defenderlos, y llevarlos en brazos cuando se cansan.

En la segunda luna de Pascua, estábamos atravesando el lago en la barca de Pedro cuando se levantó un viento que amenazaba tormenta. Yo estaba tan rendido que me había echado en popa, apoyando la cabeza sobre un rollo de cuerdas, y me había quedado dormido. Me despertaron los gritos de Pedro, que me zarandeaba: «*¿Es que no te importa que nos ahoguemos?*». Vi que estábamos en lo peor de la galerna y que todos estaban demudados y despavoridos: se daban órdenes unos a otros para achicar el agua y remaban sin rumbo, mientras la barca subía y bajaba como una cáscara de nuez en poder de las olas.

Me puse en pie y dije con voz fuerte: «*¡Silencio! ¿Dónde está vuestra fe?*» Y no sé bien si se lo estaba ordenando a ellos o al miedo que los estaba dominando y que los hundía en su abismo con mucha más fuerza que la amenaza de las olas.

Me acordé del griterío que acompañaba en tiempos del desierto el traslado del arca, cuando te decían:

*«¡Levántate, Señor!
Que se dispersen tus enemigos,
Huyan de tu presencia los que te odian»*
(Num 10,35).

Los enemigos que salían huyendo se llamaban ahora «temor», «angustia» y «ansiedad»: mi palabra ponía suelo bajo sus pies, su pánico desaparecía, y una sorprendente tranquilidad los serenaba. El mar había comenzado a calmarse, y ahora remábamos en silencio hacia

la otra orilla, bajo las estrellas de un cielo despejado.

Y en ese momento supe que era eso lo que tú quieres de mí, Abba: que mi palabra les transmita la convicción de que lo que tú esperas de ellos no es que hagan grandes cosas por ti, ni que cumplan con exactitud todas las prescripciones de la Ley, sino que se atrevan a entregarte una confianza total, que crean que tu actitud hacia ellos es radicalmente positiva. Y que esa firmeza que les ofreces no es una recompensa a su esfuerzo ni se deja conquistar: es un don que Tú concedes gratuitamente a quien se atreve a fiarse de ti en medio de las tormentas de la vida.

Me lo hiciste ver aún mejor aquel día de Cafarnaúm, con la casa abarrotada y muchos más agolpándose a la puerta. De pronto, por entre el chamizo del tejado, unos hombres se pusieron a descolgar con sogas la camilla de un paralítico. Me ocurre con frecuencia cuando estoy rodeado de gente que grita y me empuja: si llega alguien con un desvalimiento especial, o en quien intuyo una confianza inesperada, mi atención se centra súbitamente ahí, todo lo demás desaparece; me siento a solas con ese hombre o esa mujer, como si no existiera nadie más, y nada es capaz de interferir en nuestro encuentro.

Aquel día miré al hombre de la camilla y leí en sus ojos, más allá de la humillación de su impotencia y de su deseo de curarse, un temor antiguo, una convicción sombría de no ser nada ni valer nada, ni siquiera de poder enfrentarse a la vida puesto en pie. Como si sus piernas débiles y deformadas fueran la confirmación corporal de su incapacidad de soportar un peso vital que le abrumaba.

Me pareció que antes de curarle tenía que comunicar a aquel hombre, que estaba ante mí como un combatiente abatido en la batalla de la vida, que tú estabas de su parte, que tu amor torrencial llegaba hasta el agujero negro en el que él se sentía hundido, y que nada ni nadie podía interponerse entre él y tú.

Le dije lo que estaba seguro que tú querías que le dijera, Abba: «¡Ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados!» Y al decirselo sentía que mis palabras no eran más que la acequia por la que llegaba hasta él el caudal de tu perdón y de tu ternura, la buena noticia de que Tú querías cambiar su suerte. Y fue eso lo que le hizo capaz de ponerse en pie de nuevo al sentir que sus piernas volvían a sostenerle. Una historia de postración y de parálisis se había transformado en calzada real, y ahora podía recorrerla pisando con firmeza, recordando su pasado sin miedo y caminar llevando él mismo la camilla que lo había retenido durante tantos años.

Los dos oímos murmurar al grupo de fariseos, indignados al oírme perdonar pecados, ajenos a la parálisis que los aqueja y los amarra a viejos pergaminos y atrofia su capacidad de descubrirte en el camino de la vida.

Ellos conocen de memoria los salmos de David y te invocan piadosamente envueltos en su manto de oración: «*Dios mío, roca mía, alcázar mío...*»; pero fue la gente sencilla la que aquella mañana en Cafarnaúm celebró gozosamente conmigo tu voluntad de poner en pie a aquellos que amas.

3 Tienda de refugio

En medio de una cultura nómada, la hospitalidad ocupa un lugar central. El desierto y sus asechanzas de hambre, sed o muerte acechan a todo el que se expone a abandonar la rueda de tiendas del campamento. Encontrar, en medio de la huida o del peligro, otro clan dispuesto a recibir a un fugitivo, hace de esa hospitalidad la única posibilidad de conservar la vida.

La tienda que protege de las inclemencias del tiempo es para numerosos pueblos una imagen del cielo que se extiende sobre la tierra. Esa «tienda cósmica» resuena en muchos textos:

*«Dios tendió como toldo el cielo
lo desplegó como tienda que se habita»*
(Is 40,22; cf. Jb 9,8; Sal 104,2).

El Dios que reina en la tienda del cielo quiere también plantar en la tierra su morada (Ex 26,1-4). Por eso Israel tuvo en el desierto un santuario portátil que evocaba su presencia en medio de su pueblo y de la que Él tomó posesión llenándola con su gloria:

*«Me harán un santuario y habitaré entre ellos.
(...) Moisés tomó la tienda y la plantó fuera
del campamento, a cierta distancia de él, y la*

llamó la tienda del encuentro. Todo el que quería dirigirse al Señor tenía que salir fuera del campamento y dirigirse a la tienda del encuentro... Cuando salía Moisés, todo el mundo se ponía en pie y, situándose cada uno a la puerta de su propia tienda, seguían a Moisés con la mirada hasta que entraba en la tienda. En cuanto Moisés entraba en la tienda, la columna de nube descendía y permanecía a la entrada de la tienda mientras el Señor hablaba con Moisés. El pueblo contemplaba la columna de nube que permanecía a la entrada de la tienda; entonces todo el mundo se postraba, cada uno a la entrada de su tienda. El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como un hombre habla con su amigo. Luego Moisés volvía al campamento; pero Josué su ayudante, hijo de Nun, no se movía de la tienda» (Ex 25,8, 33,7-11).

Con el tiempo, la inmunidad de que gozaba el área sagrada se fue transformando en un símbolo de la protección divina ofrecida al justo perseguido. Está detrás la antiquísima tradición de las «ciudades de refugio», creadas para que pudiera encontrar asilo y salvar la vida en ellas el homicida que hubiera matado sin querer a su prójimo (Dt 4,42). Como en una «ciudad refugio», Dios hospeda a sus fieles sustrayéndolos al circuito del mal, rescatándolos del torbellino de la prueba e introduciéndolos en el oasis de paz del templo (Sal 23,5.6).

Cuando el orante se encuentra rodeado de tinieblas, de jaurías de perros o de un ejército de adversarios, se vuelve a su Dios expresando su confianza. Al sentirse cercado, asediado y atena-

zado por el miedo, busca ocultarse en un recinto escondido y protegido:

*«¡Que sea yo huésped de tu tienda,
y me acoja al amparo de tus alas!»
(Sal 61,5).*

*«¡Escucha, oh Dios, mi clamor,
atiende a mi súplica!
Desde el confín de la tierra te invoco
con el corazón desfallecido.
Condúceme a una roca inaccesible,
pues tú eres mi refugio,
mi bastión frente al enemigo.
Que yo habite en tu tienda para siempre,
refugiado al amparo de tus alas.»
(Sal 61,1-5).*

A partir de la experiencia fundante del Exodo, YHWH revela su parcialidad a favor de toda esa gente perseguida, sometida y explotada, de los hambrientos y humildes. Ellos son los primeros huéspedes de su tienda. los verdaderos destinatarios de su techo protector⁸.

*«Él me cobijará en su santuario
en los días adversos,
me ocultará en lo escondido de su tienda,
me alzaré sobre una roca» (Sal 27,5).*

* * *

8 En palabras de Dorothee SÖLLE: «A Dios se le puede llamar "padre" en virtud de concepciones que mencionan acciones como liberar esclavos, dar de comer a los hambrientos, sanar a los enfermos, rechazar a los enemigos, hacer que los desposeídos de sus derechos consigan lo que es justo» (op. cit., p. 28).

«Mientras oraba, se abrió el cielo»
(Lc 3,21)

Tu fuerza ha pasado hoy a través de mí para sanar a una mujer que se me ha acercado sin que yo me diera cuenta, mientras la multitud me apretujaba. Íbamos camino de casa de Jairo: su hija estaba en las últimas, y yo supe que tenía que hacer presente en aquel lugar de muerte un signo del Dios de vida. Pero aún no sabía que esa vida tuya iba a alcanzar a alguien más durante el camino, y esta noche quiero darte gracias por ello.

Me di cuenta, de pronto, en medio de los empujones de la gente, de que tu energía sanadora se había hecho activa a través de mí, y me detuve buscando, entre tantos rostros, alguno en el que aparecieran huellas de haber pasado de la esfera de la muerte a la de la vida y la sanación. Cuando pregunté en voz alta quién me había tocado, nadie comprendió mi pregunta, y me señalaron el gentío que me rodeaba. Sólo después de unos momentos, se oyó una voz temblorosa de mujer que decía: «He sido yo»; y todos miraron hacia ella mientras se abría paso para llegar hasta mí.

Al principio no entendí el por qué del murmullo que se extendió entre la muchedumbre, ni por qué iban retrocediendo para evitar que los rozara. Muchos debían de saber ya lo que ella me contó con voz entrecortada: padecía un flujo de sangre hacía doce años y se había gastado inútilmente en médicos toda su fortuna. Se había atrevido a tocarme, a sabiendas de que podía hacerme participar de su impureza, convencida de que con sólo tocar el borde de mi manto iba a quedar curada. Y, al hacerlo,

sintió inmediatamente que había cesado la fuente de sus hemorragias.

Mientras hablaba, había quedado impuro hasta la tarde, y tenía que lavar mi túnica y bañarme si quería escapar de la mancha que me había contaminado.

Y entonces comprendí de qué hablan los salmos al decir que tú eres una tienda de refugio para los que están acosados por sus enemigos: tu presencia no reside en un templo al que sólo tienen acceso unos cuantos elegidos que se creen a salvo de la impureza porque viven alejados del sudor, las lágrimas o la sangre de sus hermanos. Tú has plantado tu tienda en medio de los tuyos y has querido hacer de ella un lugar en el que estén a salvo todos los que son víctimas del desamparo, el fracaso, el empobrecimiento o la desolación.

Y como no quieres sacrificios ni holocaustos, ni necesitas muros de piedra que te defiendan, me has enviado a mí, hombre vulnerable como ellos, sin más protección que la tuya. Pero, a pesar de esta fragilidad de mi carne, sé que soy para ellos espacio en el que encuentran amparo, techo que les cobija del aguacero y del bochorno, asilo cálido en el que pueden rehacerse. Reconozco tu voluntad en este deseo que me habita de hacer verdad para cada uno las palabras de Abigail a David:

*«Aunque algunos se pongan
a perseguirte de muerte,
tu vida está bien atada
en el zurrón de vida,
al cuidado de tu Señor»
(2 Sam 25, 29).*

Era eso lo que quería transmitir a la mujer, y también a todos los que nos rodeaban cuan-

do le dije: «¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia».

Hubo estupor en la muchedumbre: estaban reventando los viejos odres de la ley, incapaces de contener el vino joven de tu novedad, y todo un sistema de tradiciones acerca de la pureza y la impureza se venía abajo. Los muros del templo erigido en tu honor se agrietaban, descubriendo su culto inservible, y sólo quedaba yo, como una tienda de beduino en medio del desierto, sin defensas ni cimientos, pero capaz de ensanchar sus lonas para acoger a todos los caminantes perdidos, a todos los cansados y derrotados, a todos los perseguidos por los poderes de la muerte.

Me vino a la memoria el salmo del pastor:

*«Tú preparas ante mí una mesa
frente a mis enemigos.*

*Me unges la cabeza con perfume,
mi copa rebosa.*

*Tu bondad y tu lealtad me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por días sin término» (Sal 23,5-6).*

Mis palabras de ánimo habían ungido con perfume la cabeza de aquella mujer, y la copa de su vida rescatada rebosaba ahora de júbilo: estaba de nuevo incluida en tu alianza, miembro de pleno derecho de un pueblo de reyes, de una asamblea santa, de una nación sacerdotal.

Cuando se fue, la vi alejarse escoltada por tu ternura y por tu fuerza, y te bendije por ello y también porque gracias a ella has vuelto a revelarte, una vez más, como un Dios refugio de perdedores y vencidos, como asilo de huérfanos y desvalidos.

Y ahora resuenan en mí de manera diferente las palabras de los orantes de mi pueblo:

*«Tú que habitas al amparo del Altísimo
y te hospedas*

a la sombra del Omnipotente

*di al Señor: "Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti.*

Hasta el gorrión

ha encontrado una casa,

y la golondrina un nido

donde colocar sus polluelos:

tus altares, Señor de los ejércitos,

Rey mío y Dios mío"» (Sal 91,1; 84,4).

Alas de águila

«*Protégeme a la sombra de tus alas*» es una súplica que acude frecuentemente a los labios del orante (Sal 17,8; 27,5; 31,21; 36,8; 57,2; 61,5; 63,8; 91,1.4; 121,5). El símbolo tiene como arquetipo el águila del éxodo (Dt 32,11) y hace pensar en una actitud materna, en la protección instintiva de un ave que extiende sus alas sobre su nidada (cf. Mt 23,27).

Pero no evoca solamente el cuidado y la defensa, sino también algo que pertenece a la teología más antigua de Israel: la idea de *conducción*:

*«Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos;
lo rodeó cuidando de él,
lo cuidó como a la niña de sus ojos.
Como el águila invita a su nidada
revoloteando sobre los polluelos,
así extendió las alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.
El Señor solo los condujo,
no hubo dioses extraños con él»
(Dt 32,10-12).*

En dos de los textos más antiguos del AT, el cántico de Débora (Jue 5) y las bendiciones de Moisés (Dt 33), encontramos huellas muy ar-

caicas de cómo se concebía en los orígenes la relación con Dios:

- YHWH es el Dios de Israel, e Israel es su pueblo (Jue 5.11);
- cuando Israel, en cuanto tal, lleva a cumplimiento sus acciones, necesita bendecirle (Jue 5.2.10);
- YHWH guía a su pueblo, y ellos deben dejarse guiar y «venir en su ayuda» (Jue 5.23). Los que se quedan en el aprisco escuchando las flautas entre los rebaños o entregados a largas deliberaciones (v. 16) no pertenecen a Israel. El pueblo se convierte en «pueblo de YHWH» secundando sus acciones, no dedicándose a las propias;
- todo depende de esto: de amar a YHWH (Jue 5.31). Los que le odian se pierden, pero a los que le aman Él les concede «ser fuertes como el sol al salir».

En Dt 33 se proclama una preciosa bienaventuranza:

*«No tiene igual el Dios de Yesurun
que cabalga sobre los cielos
para venir en tu ayuda
y avanza majestuoso sobre las nubes.
El Dios de antaño es tu refugio,
sus brazos eternos son tu apoyo.
Israel vive seguro,
la fuente de Jacob brota apartada
en una tierra de trigo y vino,
y su cielo destila rocío.*

¡Felicidades, Israel! ¿Quién como tú,
pueblo salvado por el Señor?

*Él es tu escudo protector,
su espada es tu esplendor.
Y tú caminarás sobre las espaldas
de tus enemigos» (Dt 33.26-29).*

El canto nos presenta a un Dios que sale al encuentro de su pueblo y a un pueblo cuya identidad consiste en dejarse conducir. La confianza de Israel descansaba en una antigua tradición que había recibido en su comunidad desde los días iniciales del desierto: el «Dios de los comienzos» había hecho sentir a su pueblo su cercanía protectora, se había revelado a él como un Dios itinerante de presencia acompañadora, que «saca fuera», «guía» y «conduce» (el término *melek*, [rey] tenía en su origen el sentido de guía o consejero, y sólo después se asoció con la realeza). A través de la imagen del becerro, fabricada para hacer perceptible la guía de YHWH, el Dios invisible era percibido como el que va y viene.

En los momentos de incertidumbre o de angustia, el recuerdo de que eran conducidos por la mano de su Dios, era la fuerza que sostenía a Israel. Es el Dios creador quien va a auxiliar a aquellos que son su obra. ¿Cómo va a dejarlos de su mano?

La Pascua era una fiesta de nómadas, y en ella se conmemoraba el impulso a ponerse en camino bajo la conducción de Dios, bastón en mano, sandalias y túnica ceñida. Al celebrarla anualmente en la liturgia y escuchar la narración acerca de cómo aconteció esta guía, los israelitas reafirmaban su convicción de ser guiados, sentían sobre sí mismos la acción histórica de su Dios y, como Él, permanecían en vela toda la noche (Ex 12.42).

La alianza entre YHWH e Israel significaba la extensión de la guía y del seguimiento a todos los ámbitos de la vida del pueblo. La relación fundamental entre ambos, expresada de modo sensible a través de la columna de nube o del arca, consistía en que Dios avanzaba delante de su pueblo errante, y éste le seguía sabiendo que ése era el camino justo. El carácter de este vínculo era la reciprocidad, y por eso entablar alianza con Dios no era tanto un contrato jurídico como una decisión de abandonarse a su poder y a su gracia (Ex 3,14; 33,19)⁹.

La tradición profética retomará con otros acentos el tema de la conducción:

*«Conduciré a los ciegos
por un camino que desconocen,
los guiaré por senderos que ignoran»
(Is 42,16).*

*«Una gran multitud retorna,
entre ellos hay ciegos y cojos,
preñadas y paridas.
Si marcharon llorando,
los conduciré entre consuelos,
los guiaré hasta torrentes
por vía llana y sin tropiezos»
(Jer 31,8).*

Y también acudirá a él el lenguaje sapiencial:

*«El corazón del rey
es como una acequia en manos de Dios,
Él la conduce como quiere» (Pr 21,1).*

*«El hombre planea su camino,
el Señor le dirige los pasos» (Pr 16,9).*

* * *

**«De madrugada, antes del amanecer,
se levantó, se fue a un lugar solitario,
y allí se puso a orar»
(Mc 1,35)**

La luz no ha conseguido aún vencer del todo a la noche, pero necesitaba madrugar para encontrarme a solas contigo, Abba, en este primer día de la semana, después de un sábado intenso y polémico.

Acudí a la sinagoga y, antes de entrar, casi tropecé con una mujer que caminaba mirando al suelo, doblada en dos por una terrible deformación de su espalda. La seguí con la mirada mientras subía penosamente los escalones hasta llegar al piso de arriba, donde se ponen las mujeres, y sentí que en ella se concentraban los muchos rostros de gente hundida bajo pesos abrumadores.

Su imagen siguió atrayendo mi atención con mucha más fuerza que las oraciones que recitamos en la asamblea, y su cuerpo encorvado seguía grabado en mi retina mientras escuchaba, como si fuera la primera vez, las palabras de Isaías:

*«Los que esperan en el Señor
renuevan sus fuerzas,
echan alas como las águilas,
corren sin cansarse,
marchan sin fatigarse. (...)
Escuchadme, casa de Jacob,
resto de la casa de Israel
con quien he cargado
desde que nacisteis,
a quien he llevado
desde que salisteis de las entrañas:*

⁹ Martín BUBER, *La fede dei Profeti*, Roma 1983, pp. 13-63.

*hasta la vejez yo seré el mismo,
hasta las canas yo os sostendré.
Yo lo he hecho, yo os seguiré llevando,
Yo os sostendré y os libraré»*
(Is 46,3-4).

Desde niño me he sabido conducido así por ti, Abba, también por este camino extraño que es el mío. Nunca he sentido la vida como un peso que llevo yo solo, ni tampoco me veo a mí mismo en posesión de sus riendas, sino llevado sobre tus alas extendidas.

Sé que no es mi obra la que hago, sino la tuya. Eres Tú quien me envía a realizarla, y saberlo me libera de la ansiedad de querer medir los resultados y de la impaciencia por acelerar su proceso. Me has entregado el Reino como una semilla, y yo duermo tranquilo mientras crece por su propio impulso; la veo ya granando mezclada con brotes de cizaña, y sé que hay que dejarlas crecer juntas hasta la siega. Me he puesto en tus manos como el puñadito de levadura que mi madre mezclaba con la harina, y confío en la fuerza secreta de fermentación que has escondido en mi vida.

Por eso me indigno con los fariseos y escribas, porque echan sobre la gente cargas que ellos ni siquiera mueven con un dedo y, sobre todo, porque utilizan para ello tu Nombre. No comprendo cómo se atreven a hacerlo, sabiendo que Tú sacaste a sus padres de Egipto porque no tolerabas ver sus espaldas dobladas en dos por el peso de las espuertas. Antes de darles el decálogo, dijiste a Moisés en el Sinaí:

«Ya habéis visto lo que he hecho a los egipcios y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Por tanto, si queréis escucharme y guardar mi alianza,

entre todos los pueblos seréis mi propiedad, seréis un pueblo sagrado, un reino sacerdotal» (Ex 19,5-6).

Son un pueblo de reyes, y los que hablan en tu nombre pretenden que vivan con sometimiento de siervos; te has revelado como el que quiere llevarlos sobre alas de águila, pero ellos te presentan como a un nuevo faraón que les obliga a acarrear ladrillos para construir no se sabe qué pirámides de exigencias, purezas y perfecciones. Todo eso ha ido acumulando en sus corazones extrañas ideas sobre ti: te complaces en acumular sobre ellos leyes, normas, obligaciones y minuciosos preceptos, eres un amo exigente que les impone pesados yugos, y por eso caminan fatigosamente, como la mujer encorvada con la que me he cruzado al entrar en la sinagoga y que ahora mismo estará escuchando –lo mismo que yo, pero detrás de las celosías– las palabras del salmo:

*«Dichoso a quien auxilia
el Dios de Jacob,
que mantiene su fidelidad
perpetuamente.
El Señor da vista a los ciegos,
el Señor endereza
a los que se doblan...»*
(Sal 146,7-8).

Querría pedirte hoy, Abba, que me enseñes a hablarles de ti como de alguien que lo que quiere es aligerar sus cargas y enderezar sus espaldas dobladas, y a decirles que yo estoy en medio de ellos para consolarles y animarles, para llevar junto a cada uno el yugo que lleva sobre sus hombros.

Algo de eso quise explicarles con la parábola del padre y los dos hijos; y cuando terminé de contarla, Juan dijo que le dolía que a aquel padre tan bueno le hubieran salido tan malos hijos: el que se marchó, porque sólo volvió acosado por el hambre, y el mayor porque vivía la relación con su padre obedeciendo órdenes con sumisión servil.

Al oírle me alegré de saberme tu «tercer hijo» y de estar cada mañana con el oído y el corazón abiertos para conocer tus planes, hacerlos míos y trabajar en lo tuyo, que es también lo mío. Esa tarea no me es un peso, sino un manantial de júbilo: no me envías a corregir, castigar o amenazar, sino a salir a los caminos a buscar a tus hijos heridos, traerlos a Ti llevándolos sobre mis hombros como a una oveja descarriada, vestirles contigo el traje de fiesta y preparar banquete, música y danza para celebrar el retorno de los perdidos.

¿Cómo hacerles entender que de Ti nunca nacerá nada que les limite o les agobie, porque tú eres un Dios que quiere hacer ligeras sus cargas y que no les pides penosas ascensiones hacia montañas sagradas, ni templos en los que pagar diezmos, ni altares donde inmolarse holocaustos? Por eso, cuando los veo preguntándose cómo agradarte, les recuerdo las palabras de Miqueas: lo que el Señor espera de vosotros no son humillaciones ni postraciones, sino que caminéis humildemente junto a Él aprendiendo de su ternura y su justicia.

Porque Tú no buscas criados que te sirvan, sino hijos con los que compartir el sueño de tu Reino, colaboradores entusiasmados por hacerlo llegar a todos los que lo están esperando, tirados en las cunetas de los caminos.

Otras veces son las riquezas y la ambición por acumularlas lo que les hace andar encorvados, como aquel muchacho que se me acercó un día atraído por la libertad que vio en mí y en mi grupo de discípulos. Retrocedió justo en el momento en que la carga de posesiones que lo atenazaba estaba a punto de resbalar de sus hombros, y no llegó a probar el placer de caminar libre de todo lastre. Le vi alejarse sombrío y envejecido, esclavo precisamente de aquel dinero al que se aferraba, creyendo que gracias a él iba a poder vivir como un hombre libre.

Al salir de la sinagoga, busqué a la mujer encorvada. Me acerqué a ella por detrás y puse mis manos sobre su espalda con infinito respeto, con infinita ternura. Ella se dio la vuelta con un movimiento torpe e intentó levantar la cabeza para ver quién era el que la tocaba; y cuando yo me incliné para que pudiera mirarme, vi sus ojos habitados por un inmenso asombro. Le pregunté su nombre y, mientras lo susurraba, se fue poniendo derecha, y por primera vez nos miramos frente a frente, ella aún incapaz de creer lo que le estaba sucediendo. Hasta que, de pronto, levantó sus brazos hacia el cielo como si fuera a tu encuentro, y se puso a bendecirte a gritos.

La gente se arremolinó en torno a nosotros, y el jefe de la sinagoga intervino, indignado contra mí por haber realizado una curación en sábado. Busqué un lenguaje que él pudiera entender y le recordé que una hija de Abraham, llamada a ser libre, no podía seguir esperando.

Mientras discutíamos, la mujer, ajena a la polémica, continuaba su bendición exultante, y el rumor de su alabanza era para mí mucho más poderoso que la hipócrita reacción de aquel hombre.

Y al escucharla sentí que su alabanza atravesaba los cielos, Abba, y era llevada sobre tus alas de águila hasta el monte Moria.

Y allí, libre de sus ataduras como Isaac, proclamaba tu gloria porque, como nuestro padre Abraham, te había experimentado como un Dios de vida.

5 Mesa de banquete

Para la antropología bíblica la comida es un elemento central: desde los relatos del Génesis, el gesto de comer trasciende la necesidad fisiológica y se convierte en una acción cargada de simbolismo. La creación no termina en el acto de crear, sino que se prolonga a través del don del alimento:

«Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento»

(Gn 1,29).

«El Señor dio al hombre este mandato: Puedes comer de todos los árboles del huerto...»

(Gn 2,16).

Según los dos relatos de creación, Dios se compromete a llevar a término lo comenzado, ya que es tarea de un padre o de una madre alimentar a sus hijos para que alcancen la madurez. Lo que el *adam* aprende a través de ello es que no posee la vida en sí mismo: tiene que recibirla de fuera en forma de alimento, reconocerla como un don de Dios y recordar su dependencia radical de Él.

Comer equivale también a asimilar, y parece que sólo se posee plenamente aquello que se ha comido: Adán y Eva participarán del conocimiento, no cogiendo el fruto del árbol, sino comiéndolo.

Por otra parte, como la hierba no se considera un ser vivo y procede del Dios que hace germinar la tierra y da la fecundidad, la vida que proporciona no proviene de la muerte de ningún otro ser vivo. Aunque después del relato del diluvio se permita comer animales (Gn 9,3), el sentido está ya dado: el alimento, símbolo de todos los bienes de los que el ser humano puede disponer, no podrá nunca ser poseído ni disfrutado si tiene como precio la muerte de otros. Aparece sugerida la fractura que se producirá después y que denunciarán con virulencia los profetas: el don de Dios, destinado a ser compartido y a provocar relaciones de fraternidad y de agradecimiento, se perverte cuando se convierte en objeto de codicia, acumulación, opresión y violencia.

YHWH, al alimentar a su pueblo en el desierto, se da a conocer como el que está siempre a favor de su vida (Ex 16), y la experiencia de haber recibido el maná y de seguir siendo alimentados por Dios quedó grabada para siempre en la memoria de Israel por generaciones:

*«Alimentaste a tu pueblo
con manjar de ángeles,
proporcionándoles gratuitamente
desde el cielo pan a punto,
de mil sabores, a gusto de todos;
y este sustento tuyo,
que demostraba a tus hijos tu dulzura (...),
estaba al servicio de tu generosidad,*

*que da alimento a todos,
a voluntad de los necesitados»
(Sab 16, 20-24).*

*«Desde tus salones riegas las montañas,
la tierra se sacia de tu acción fecunda.
Haces brotar hierba para el ganado
y forraje para las tareas del hombre;
para que saque pan de los campos
y vino que le alegra el ánimo,
aceite que da brillo a su rostro
y alimento que lo fortalece. (...)
Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo;
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes»
(Sal 104,14-15).*

*«Me saciaré
como en espléndido banquete,
mi boca te alabará con júbilo» (Sal 63,6).*

El Deuteronomio insiste en las consecuencias de ese don y pone el énfasis en estos aspectos:

– **la memoria agradecida:**

«Acuérdate del camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años (...) Te ha humillado y te ha hecho sentir hambre; te ha alimentado con el maná, un alimento que no conocías, ni habían conocido tus padres, para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. Cuando el Señor tu Dios te introduzca en esa tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes, de aguas profundas que

brotan del fondo de los valles y en los montes, tierra que produce trigo y cebada, viñas, higueras y granados, tierra de olivos, aceite y miel, tierra que te dará el pan en abundancia para que no carezcas de nada (...), entonces comerás y te saciarás y bendecirás al Señor tu Dios por la tierra buena que te ha dado» (Dt 8,2-10).

– **la obligación de compartir:**

«Cada tres años apartarás el diezmo de los productos de ese año y lo depositarás a las puertas de tu ciudad. Allí vendrá el levita, que no recibió nada, el emigrante, el huérfano y la viuda de tu ciudad, y comerán y se saciarán para que el Señor tu Dios bendiga todo lo que haces» (Dt 14,28-29).

La experiencia de compartir el mismo alimento, de partir juntos el mismo pan que comunica la vida, hace nacer el convencimiento de que ya no se forma más que una misma y única familia.

– **la alegría y la fiesta:**

«El día en que paséis el Jordán para entrar en la tierra que el Señor tu Dios va a darte (...) ofreceréis sacrificios de comunión y los comeréis allí haciendo fiesta ante el Señor tu Dios» (Dt 27,7).

La literatura sapiencial acude también a este motivo:

«La Sabiduría se ha edificado una casa, ha tallado sus siete columnas,

*ha sacrificado sus víctimas,
ha mezclado el vino
y hasta ha preparado la mesa.
Ha enviado a sus criadas a proclamar:
El que sea inexperto venga acá.
Y al hombre sin seso le dice:
Venid a comer mi pan,
bebed el vino que he mezclado.
Dejad la inexperiencia y viviréis,
seguid el camino de la inteligencia» (Pr 9,1-6).*

Y las escatologías proféticas presentan así el tiempo mesiánico:

*«El Señor todopoderoso preparará
en este monte para todos los pueblos
un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos de solera,
manjares exquisitos, vinos refinados.
Y en este monte destruirá
la mortaja que cubre todos los pueblos,
el sudario que tapa a todas las naciones.
Destruirá la muerte para siempre,
secará las lágrimas de todos los rostros,
y borraré de la tierra
el oprobio de su pueblo,
lo ha dicho el Señor» (Is 25,6-8).*

Dios aparece así como gratuidad y desmesura, como sueño de inclusión y comensalía fraterna, como aquel que ha dejado en la historia primicias de ese banquete, al que convoca a todos sus hijos e hijas. Por eso la relación con Él no se consigue a través de la ascética del ayuno, sino compartiendo ese proyecto de mesa abierta para todos:

«Todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley, y Nehemías dijo: "Id a casa y comed manjares apetitosos, bebed licores dulces y mandad su porción a los que no han preparado nada, pues este día ha sido consagrado a nuestro Señor ¡No os aflijáis, que el Señor se alegra al veros fuertes!" » (Ne 8,9-10).

* * *

**«Después de despedir a la gente,
se fue a un monte a orar»
(Mc 6,45)**

Me envías a hablar de ti como de un hogar abierto en el que esperas a tus hijos a mesa puesta, con un banquete que tú mismo has preparado y en el que abundan manjares espléndidos y vinos de solera. Pero tu invitación no despierta en ellos deseo ni expectación, y te diría que hasta les abruma tu desmesura.

Creo que preferirían que les ordenases posttrarse ante tus altares, ofrecerte incienso e inmolarte víctimas, en vez de sentarse a la mesa contigo y escuchar esas confidencias que sólo se hacen al amigo y al huésped. Si les dieras a escoger, pienso que elegirían quedarse con los tiempos en que les hablabas desde el Sinaí, entre el sonido estridente de las trompetas y la solemnidad de un culto hierático.

Intento explicarles que tu sueño es traer a todos tus hijos e hijas en torno a tu casa y reencontrar ahí su fraternidad perdida, sofocada por jerarquías estratificadas y absurdas categorías de superioridad e inferioridad, pureza e

impureza, relevancia o insignificancia. Les digo que pueden sentarse a tu mesa aunque tengan los pies polvorientos del camino, porque tú te encargarás de lavárselos con el cuidado con que lo haría una madre; pero siento que la sola posibilidad de encontrarte a sus pies y no subido en un trono fulgurante les desconcierta y les turba.

Les anuncio tu Reino no como una cima a la que ascender trabajosamente, ni que se conquiste por méritos y esfuerzos, sino como un regalo inmerecido que hace desbordar de gozo y de agradecimiento. Pero esa gratuidad les aturde, me acusan de blasfemo y prefieren seguir manteniendo sus separaciones, sus muros de exclusión y sus necias tradiciones en torno a prevalencias, merecimientos y dignidades.

Te presento en mis parábolas como el amo ausente que, cuando llega y encuentra a los de su casa aguardándole, se conmueve tanto de su espera tan fiel que él mismo se pone el delantal y les sirve la cena. O como el novio que se retrasa, pero que llega al fin con su séquito de amigos, y las muchachas que le esperaron con las lámparas encendidas entran con él en su festín de bodas.

Me siento a comer con los que son tenidos por gentuza, y provocho un escándalo que se exacerba cuando les digo: «Así es vuestro Padre».

Me pregunto por qué se resisten tanto a relacionarte con la fiesta, el banquete, la danza y la mesa compartida y, en cambio, tienden el oído a quienes les hablan de tu poderío, tu justicia implacable, tus imperativos o tu omnisciencia que escruta hasta sus mínimas faltas.

Les digo que tú esperas impaciente a que se vaya llenando la sala de tu festín y te quedas

desolado al ver que anochece, que la sala está vacía y que sólo van llegando los pretextos inútiles de los que declinan tu invitación. Pero ellos se aferran a un ídolo impasible e invulnerable, exilado en un cielo lejano y que sólo interviene en sus vidas para imponerles ayunos y lutos.

Les hablo de tu amor y tu perdón como de un pan entregado de balde, y me recuerdan que el maná se guardaba en el arca recubierta de oro por dentro y por fuera, protegida por las alas extendidas de los querubines.

Les cuento historias en las que, lo mismo que el maná guardado para el día siguiente se llenaba de gusanos, ahora los ladrones, la polilla, el orín o la muerte inesperada van a destruir lo que acumulan afanosamente en graneros y bolsas. Pero tienen tatuado a fuego el instinto de precaución y la obsesión por prevenir el mañana; y cuando les invito a vivir descargando en ti sus ansiedades y agobios, me miran como si hubiera perdido el juicio.

Les invito a admirar la libertad de los pájaros y a contemplar los lirios, vestidos por ti con más esplendor que el rey Salomón; pero el cálculo y la codicia les empañan los ojos y les impiden prestar atención a lo que no esté referido a su interés inmediato.

A pesar de ello, Tú no te rindes ni desesperas nunca ante ellos, y sonrío al recordar cómo has transformado a Zaqueo, ese jefecillo de publicanos y reconocido usurero al que encontré a la salida de Jericó encaramado en un árbol. Después de comer en su casa y de escucharle cómo iba a manejar en adelante su dinero, pensé que estaba irreversiblemente perdido para los negocios de este mundo, pero ganado para ti, Abba, y contagiado sin remedio de tu

talante de esplendidez y derroche. Porque en eso consiste la fe que tú esperas de los nuevos hijos de Abraham.

Quise enseñárselo a mis discípulos cuando una viuda pobre echó en el cepillo del templo las dos moneditas que constituían todo su sustento: «Mirad, les dije, ella ha comprendido que la vida vale más que el alimento y que el vestido. A partir de ahora, su existencia entera está a cargo del cuidado del Padre, y al que se despreocupa de lo suyo Él le da por añadidura todo lo demás».

Y cuando me encontré con que una multitud venida de todas partes me había seguido hasta el desierto, y vi que estaban hambrientos de escucharte y verte y tocarte a través de mí, supe que me llamabas a realizar para ellos un signo de tu compasión y de tu solicitud.

Les hice recostar sobre la hierba, como un pastor que conduce a su rebaño junto a una fuente tranquila, y me dispuse a servirles el banquete que tú mismo habías preparado. No había mucho que repartir, y sorprendí en algunos el gesto ávido de retener lo poco que tenían para comerlo en soledad y a escondidas. Mis discípulos, como casi siempre, miraban la situación haciendo cálculos a partir de sus posibilidades: «*no tenemos*», «*esto es poco*», «*despídelos*», «*que vayan ellos mismos a comprar...*» Ante cualquier imprevisto, se miran a sí mismos, miden sus propias fuerzas y se agobian por sus carencias, olvidándose de mirar hacia ti, Abba, que eres el manantial inagotable de todo don.

Por eso, cuando tomé en mis manos los panes y los pececillos y levanté mis ojos hacia el cielo, estaba queriendo orientar su mirada hacia Ti, de quien lo recibimos todo.

6 Nube densa

Luego pronuncié sobre aquellos alimentos la bendición, para arrancarlos de la esfera de la posesividad y devolverlos a su verdadero ser, que es el de circular, y partirse, y generar vida, energía y convivialidad.

Cuando empezaron a repartirlos, la gente comenzó también a ofrecer lo poco que tenían, a desapropiarse de lo que llevaban y a cambiar la preocupación por su sustento por el gozo de compartir con otros. La carencia estaba siendo vencida por el derroche y la gratuidad, y eso los igualaba, derretía muros invisibles de categorías y distancias, rompía la frontera entre extranjeros y hermanos.

Era tu vida la que estaba circulando entre ellos, Abba, y en ese momento comprendí mejor que este deseo que me invade tantas veces de entregarles mi misma vida como alimento, como las madres a sus hijos pequeños, surge de ti y fluye de tus propias entrañas.

Ahora está cercana la Pascua, y he encargado a los míos que compren el cordero y preparen todo lo necesario para la cena. Cuando estemos reunidos en tu nombre, Abba, para recordar que tú sacaste de Egipto a nuestros padres y los introdujiste en la tierra que mana leche y miel, te pediré una vez más que los saques de la servidumbre de la posesión y los conduzcas, más allá de sus ambiciones, a esa tierra tuya de la fiesta compartida.

Allí estaré yo en medio de ellos, partiéndoles tu pan y reuniéndolos en tu Nombre. Como nos reunirá en torno a la mesa un cordero, memorial de la noche de guardia en la que Tú velaste para hacernos libres.

La conexión de las nubes con lo divino hunde sus raíces en el animismo primitivo, y desde siempre se han relacionado con la vida humana, necesitada de la lluvia para mantenerse. En las regiones cálidas, las nubes, portadoras de sombra y también de lluvia, aparecen como mensajeros celestes de bendición o maldición.

El Señor que «*hace de las nubes su carroza*» (Sal 104,3) y, «*montado sobre una nube ligera, entra en Egipto*» (Is 19,1), desafía a Job desde la tormenta:

«¿Quién encerró con doble puerta el mar cuando salía a borbotones del seno de la tierra, cuando le puse las nubes por vestido y los nubarrones por pañales? (...) ¿Puedes levantar tu voz hasta las nubes para que caiga un aguacero contra ti? ¿Quién es tan sabio para contarlas y vaciar los odres de los cielos?» (Jb 38,8-9.34-35).

Cuando el arco iris aparece entre las nubes, YHWH se acuerda de su alianza con Noé (Gn 9,14). Sólo Él puede darles órdenes: «*Prohibiré*

a las nubes que lluevan sobre ella», dice en su nombre Isaías, refiriéndose a la viña que pagaba con su ingratitud los cuidados de su dueño. (Is 5,6).

En el momento del paso del mar, una nube se interpuso entre Israel y el enemigo para proteger al pueblo y aterrorizar al perseguidor (Ex 14,19), y el libro de la Sabiduría lo recuerda así:

*«Toda la creación,
obediente a tus mandatos,
tomaba nuevas formas
en su misma naturaleza
para guardar de todo mal a tus hijos:
se vio a la nube
dar sombra en el campamento,
y de lo que antes era agua,
emerger la tierra seca.
El Mar Rojo se convirtió
en un camino transitable,
y el oleaje impetuoso
en una llanura verdeante
por donde pasó tu pueblo entero,
protegido por tu mano,
contemplando prodigios admirables»*
(Sab 19, 6-8).

En el Sinaí, la nube oscura posada sobre la cima hacía visible, escondiéndola al mismo tiempo, la presencia de YHWH. Durante la travesía del desierto, el Señor caminaba delante de su pueblo en una columna de nube (Ex 13,21) y se convierte en un signo que, a la vez, vela y revela su presencia:

«Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro, y la gloria del Señor llenó la mora-

da. Moisés no podía entrar en la tienda del encuentro, porque la nube estaba encima de ella, y la gloria del Señor llenaba la morada. Durante el tiempo que duró su caminar, los israelitas se ponían en marcha cuando la nube se levantaba de la morada. Si la nube no se levantaba, no partían hasta el día en que se levantaba, porque la nube del Señor se posaba de día sobre la morada, y de noche brillaba como fuego a la vista de todo Israel, durante las etapas de su camino» (Ex 40,34-38).

La gloria del Señor en forma de nube llenó el templo construido por Salomón (cf. 1 Re 8,10ss), y las palabras del rey son reveladoras de la eterna tentación de hacer de Dios algo «disponible»:

«Tú, Señor, dijiste que habitarías en una nube oscura. Pero yo te he construido una casa para que vivas en ella, un lugar donde habites para siempre»
(1 Re 8,12-13).

La libertad de Dios se encuentra siempre en tensión con su accesibilidad¹⁰, y Salomón pretende disolverla haciendo de Dios algo manejable desde el culto, sepultando en el olvido la absoluta gratuidad del que se dio a conocer así a Moisés:

*«Yo hago gracia a quien hago gracia
y tengo misericordia
de quien tengo misericordia»* (Ex 33,19).

10 W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander 1978, p. 40.

Por eso la oscuridad de la nube la vuelve idónea para expresar la imposibilidad de dominar el ámbito divino: dentro de ella, o rodeados de una densa niebla, no es posible ver, pero sí escuchar, y eso sitúa a Israel en el ámbito correcto de su relación con Dios. Existe en la tradición bíblica un fuerte recelo hacia la posesividad y la tentación de dominio que acompañan el ejercicio de la vista: *«el que avanza al ritmo exclusivo de las evidencias, rehusando la incertidumbre y el riesgo, evita medirse con lo que le sobrepasa, pero queda impedido para el encuentro con lo inesperado de los dones divinos, que trascienden siempre la expectación humana y no se ajustan a sus pretensiones, sean ambiciosas o modestas»*¹¹.

La nube no es obstáculo para hacer la experiencia de la proximidad de lo invisible; tan sólo impide al creyente ejercer su deseo de dominio y control sobre Dios, proponiéndole a cambio otro modo de acceso a El, desde la receptividad que implica sentirse privado de saber.

En la alianza del Señor con Abraham, *«cuando se puso el sol, cayeron densas tinieblas»* (Gn 15,17), y Moisés, que tampoco había podido ver a Dios en medio de la zarza, escuchará de Él en el Sinaí:

«Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y quedar con vida. Mira, aquí tienes un sitio junto a mí, sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado; y cuando

11 C. CHALIER, *Sagesse des sens. Le regard et l'écoute dans la tradition hébraïque*, Paris 1995, p. 55.

retire mi mano, me verás de espaldas, porque de frente no se me puede ver» (Ex 33,20-23).

Dios permite a Moisés situarse en un lugar «junto a Él», no frente a Él (Ex 33,21). Un sabio judío decía que la gloria humana no consiste en levantar los ojos esperando contemplar a Dios, sino en ser elevado por él para contemplar el mundo desde su punto de vista¹².

En boca de Isaías, la nube se convierte en un signo de los tiempos escatológicos:

*«Vendrá sobre el monte Sión
y su asamblea
una nube de humo por el día
y un resplandor de fuego llameante
de noche.*

*La gloria del Señor lo cubrirá todo,
como tienda que da sombra
contra el calor del día,
abrigo y refugio
contra la lluvia y la borrasca»* (Is 4,5-6).

Pero ese «tiempo final» lo adelanta el orante que, envuelto en el escándalo del sufrimiento de los inocentes, decide dar un paso más allá de lo empíricamente constatable y entra en un ámbito de «nube», en un ámbito que su razón no puede dominar:

*«Me puse a pensar para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil,
hasta que entré en el misterio de Dios
y comprendí el destino que los aguarda.*

12 R. HIRSCH, *The Pentateuch. The Hirsch Commentary*, New York 1986, p. 346, citado por C. CHALIER, *op. cit.*, p. 79.

(...)

*Cuando la amargura
me invadía el corazón,
cuando me torturaba en mi interior,
era un estúpido y no lo comprendía,
era como un animal ante ti.*

*Pero yo estaré contigo siempre;
tú me tomas de la mano,
me conduces según tus planes,
me llevas a un destino glorioso»
(Sal 73,16-17.21-24).*

La fe le ha permitido «dejar a Dios ser Dios»
y aceptar el misterio que se anunciaba así a
Jeremías:

*«¿Soy yo Dios sólo de cerca y no Dios de lejos?»
(Jer 23,23).*

* * *

**«Se apartó de los suyos
como un tiro de piedra,
se arrodilló y oraba»
(Lc 22,39)**

*«Mi voz hacia Dios gritando,
mi voz hacia Dios, que me escuche.
En mi angustia te busco, Dueño mío.
De noche rebulle mi mano
sin descanso, rehusa calmarse el jadeo.
¿Es que el Señor
nos rechaza para siempre
y no volverá a favorecernos?
¿Se ha agotado su misericordia, se ha
terminado para siempre su promesa?
¿Se ha olvidado Dios de su bondad
la cólera le cierra las entrañas?»
(Sal 78,1-8).*

En ocasiones recorro a oraciones como ésta
para dirigirme a ti, Abba. Con frecuencia, cuan-
do todos duermen, salgo de la casa sin hacer
ruido y camino hasta este huerto, donde sólo el
rumor del viento entre los olivos altera el silen-
cio de la noche.

A lo largo del día, en cada conversación, en
cada encuentro, la gente va echando sobre mí
sus sufrimientos y sus quejas, y a veces me
parece que no puedo ya más, y necesito acudir
a ti trayendo en mi garganta todos los gritos,
en mis ojos todas las lágrimas, en mi corazón
todas las heridas.

Derramo en tu presencia las preguntas
doloridas de los que me dicen: «¿Hasta cuán-
do va a seguir olvidándonos el Señor? ¿Por
qué no hace caso de nuestras súplicas? ¿Es
que no ve nuestro abatimiento y nuestra
desesperación?».

Cuando les digo que acudan a ti confiada-
mente, me responden que su oración se estre-
lla contra el muro impenetrable de tu silencio,
y me preguntan si a mí ese Dios de quien les
hablo me contesta siempre y me concede lo
que le pido. Mi respuesta es que he ido apren-
diendo a escucharte más allá de tu silencio y
que, cuando ellos se detienen atemorizados
ante lo incierto del camino, yo me adentro en él
con la confiada audacia de un niño, aunque
una nube densa oculte tu rostro.

Tú sabes cuántas noches como ésta he lle-
gado hasta ti y he volcado en tu presencia mis
gritos, mis lágrimas y mis súplicas. He nacido
en medio de un pueblo que, cuando empezó a
balbucir tu nombre y a reconocerte en medio
de su historia, dijo de ti que eres un Dios con-
movido por el clamor de sus hijos; y por eso, a
lo largo de generaciones, los creyentes nunca

reprimieron sus dudas ni sus protestas, sino que las derramaron ante ti, como quien vacía un cántaro.

Te interpelaron directamente, te lanzaron preguntas hirientes, no reprimieron su indignación por cómo los tratabas, y hasta hubo quien, como Jacob, tuvo la audacia de mantener una lucha cuerpo a cuerpo contigo. Sabían que lo que rompe la relación contigo no son las protestas ni la violencia de las palabras, sino el silencio indiferente de quien piensa que nadie le escucha.

Elías te increpó cuando murió el hijo de la viuda que le hospedaba; Habacuc te preguntó con descaro hasta cuándo ibas a seguir contemplando en silencio el sufrimiento de los inocentes; Jeremías te provocó llamándote *«forastero que pasas de largo»*, *«arroyo de aguas inconstantes»*, *«seductor»* que engaña, viola y luego abandona.

Jonás no ocultó que estaba irritado contigo por culpa del ricino; Job te lanzó su desafío desde su estercolero, y Qohélet exhibió ante ti su escepticismo.

Todo ese clamor resuena en mi corazón, Abba; pero, a la vez, siento que no puedo detenerme ahí, y una misteriosa confianza que nace de lo más hondo de mi ser me empuja a ir más allá de todo eso. Ante aquello que no comprendo, o ante la perspectiva de un destino doloroso, prefiero cambiar la exigencia de las explicaciones por el abandono de decirte *«amén»* y *«gracias»*, ocurra lo que ocurra.

Nunca has sido una ventaja para mí, ni una propiedad a mi disposición, y no tengo otro deseo que dejarte ser quien eres. Cuando te revelas a mí como un Dios escondido a quien no puedo ver, sigue habitándome la certeza sere-

na de saberme bajo tu mirada y de poder invocarte con el nombre que te dio Agar junto al pozo del desierto: *«Tú eres el Viviente que me ve»* (Gn 16,14).

Te conozco demasiado como para confundir tu silencio con la pasividad inerte de los ídolos que *«tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen»*. He plantado mi fe en ti como un árbol junto a un manantial, y me es imposible pensar que a mis raíces puede faltarles la savia. He sentido demasiadas veces que me llevas en tu seno, como lleva una madre a su hijo, como para temer que me olvides o me dejes caer.

He escuchado demasiadas veces tu silbo de pastor congregando a tu rebaño, buscando a las ovejas perdidas, llevando sobre tus hombros a las recién paridas o a las enfermas, como para ser capaz de imaginar que vas a dejar a tu rebaño perderse entre la niebla.

Te he visto trabajando con tanto amor en el *adam* que creaste, modelando su arcilla entre tus dedos, como para herirte con la sospecha de que puedas abandonar la obra de tus manos. Y si la primera se estropea, sé que estás siempre diseñando nuevos proyectos para convertir en una vasija aún más bella el barro quebrado que parecía inservible. Porque es poco decir de ti que no quiebras la caña cascada ni apagas el pábilo vacilante: entre tus manos todo se rehace y vuelve a recibir su impulso primero y su ser original.

Cuando vienes a mi encuentro, como lo hacías con Moisés, envuelto en la densa nube de tu silencio, me adentro en ella para buscarte. Mis ojos entonces no son capaces de distinguirte, ni puedo apoderarme de los rasgos de tu rostro, pero sé que tú habitas ese silencio y que te comunicas conmigo también a través de

él. Como cuando un padre o una madre, en medio de la noche, se ponen junto al lecho de su hijo asustado y le toman de la mano, sin hablar, para que pierda el miedo a la oscuridad. Siento la noche y la muerte como las dos oscuras hermanas del silencio, pero voy aprendiendo a esperar la madrugada y la vida como dones nacidos de tu corazón y de tus manos.

Pero no me es fácil asentar a mis hermanos en esa confianza, Abba. Lo invisible les asusta, el mañana que no dominan se les hace insoportable, prefieren asegurarlo con sus medios torpes a fiarse de que tú eres capaz de hacerte cargo de él si lo abandonan en ti.

Les hablo de arriesgar, de jugar el juego de la pérdida y la ganancia, pero a ellos les ofrece más garantía enterrar su talento bajo tierra. Y cuando les hablo de la felicidad como de esa perla preciosa que me has enseñado a encontrar donde nadie la espera, me oyen como si les hablara en una lengua extranjera y optan por seguir buscándola en viejos saberes enmohecidos que se les deshacen entre las manos.

Les deslumbran las apariencias y el brillo, les fascina todo lo que pueden comprobar con sus propios ojos, se niegan a ir más lejos de lo inmediatamente visible, se contentan con aquello sobre lo que pueden ejercer la violencia de su interés o de su control.

Me asombra por eso encontrar a alguien que, como Bartimeo, el mendigo ciego al que encontré ayer, está dispuesto a dejarme conducirlo hacia ti por caminos desconocidos.

Los últimos días me habían resultado especialmente duros y, aunque mis discípulos venían conmigo, los sentía distantes y recelosos, incapaces de aceptar mi decisión de subir a Jerusalén y de afrontar una situación que en

este momento todos presentimos amenazadora. Y me sentía solo al tomar esta opción que me hace emprender una aventura de la que ignoro el desenlace.

A la salida de Jericó, alguien empezó a llamarme a gritos desde la cuneta del camino: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!». Has puesto en mí una atracción irremediable hacia esos lugares que todos rehuyen, hacia toda esa gente deshecha y desechada que los habita. Porque es ahí, en medio de esa nube que rodea todo lo despreciable, lo débil, lo que es visto como inútil y último, donde me reconozco más hijo tuyo y donde te encuentro como gratuidad sin fondo, como compasión infinita.

Me detuve y mandé llamar al hombre que gritaba. Él dio un salto y caminó hacia mí con las manos extendidas y el andar titubeante de los ciegos. Cuando le pregunté qué quería, él, sorprendentemente, dejó de llamarme «Hijo de David» y me dijo: «¡Maestro, que vea!». En el apremio que resonaba en su voz escuché, más allá de la urgencia por salir de la tiniebla, el deseo de encontrar a alguien de quien fiarse a la hora de recorrer la vida. Mis manos le tocaron los ojos, a la vez que mis palabras le tocaban el alma; y cuando se asomó la luz a sus pupilas muertas y me vio, supe que aquel hombre salido de la noche era capaz ahora de acompañarme en la mía, que estaba a punto de comenzar.

No nos dijimos nada, pero él se unió al grupo de los discípulos y me siguió por la empinada pendiente que nos llevaba a Jerusalén. Pensé que, aunque éramos muchos, él y yo éramos en aquel momento los únicos videntes, los que presentíamos el significado de la subi-

da y de la densa tiniebla en que nos estábamos adentrando.

No sé cómo va a ser mi final, Abba, ni el de aquellos que me siguen, y quizá lo último que escuches de mi garganta sea un grito. Como mis hermanos, estoy envuelto en una flaqueza que me hace en todo semejante a ellos, menos en la desconfianza.

Pero estoy seguro de que, por debajo de mi queja, Tú sabrás acoger el abandono incondicional con el que, también en ese momento, seguiré poniendo confiadamente mi vida entre tus manos.

7

Espacio abierto

El espacio es un símbolo primordial arquetípico que evoca el ámbito vital de la persona y también la acción de extenderse, crecer, desarrollarse del todo. Para alguien confinado en un espacio estrecho, sea material o psicológico, la salida es la puerta de la libertad. El espanto bloquea el aliento; pero, cuando vuelve la serenidad, el angustiado puede finalmente respirar.

La raíz hebrea *YS'* (salvar) tiene que ver con «*ser espacioso, ser amplio*», lo contrario de *SRR*, ser estrecho, oprimir. Salvar puede equivaler a «*llevar a un lugar espacioso*»: si alguien está angustiado o asediado y encuentra una abertura, una brecha, experimenta ahí la acción salvadora de Dios:

*«Respóndeme cuando te invoco,
oh Dios, mi salvador,
tú que en el aprieto me diste anchura»
(Sal 4,2).*

*«Las olas de la muerte me envolvían,
me aterraban torrentes destructores,
los lazos del abismo me apresaban
la muerte me tenía entre sus redes.
Él me liberó, me dio respiro,
me salvó porque me amaba»
(Sal 18,5-6. 20).*

La noción de anchura está también próxima a estas representaciones espaciales, y el «estar uno a sus anchas» se pone en relación con la bendición divina¹³:

«¡Que Dios ponga a Jafet a sus anchas!»
(Gn 9,27).

«¡Bendito sea Dios que ensanchó a Gad!»
(Dt 33,20).

«Los criados de Isaac, al cavar en el valle, encontraron un manantial. Pero los pastores de Guerar riñeron con los de Isaac diciendo: “El agua es nuestra”. Isaac llamó a este pozo “Ezec”, es decir, “Riña”, porque habían reñido por él. Cavaron de nuevo otro pozo, y también por éste riñeron; por eso Isaac lo llamó “Sitná”, es decir, “Rivalidad”. Traslado sus tiendas más allá y volvió a cavar otro pozo, por el cual no hubo riña, y lo llamó “Rejobot”, es decir, “Amplitud”, pues se dijo: “El Señor nos ha dado amplitud para que prosperemos en esta tierra”»
(Gn 26,20-22).

El ensanchamiento es siempre una obra divina, puesta también en relación con el hecho de dar respiro, sopro o aliento:

«El soplo de Dios me hizo,
me animó el aliento de Shadday»
(Jb 27,3-5).

«No has glorificado a Dios,
que tiene tu aliento entre sus manos»
(Dn 5,23).

«En mi angustia grité al Señor,
Él me respondió y me dio respiro»
(Sal 118,5).

«Tú haces mis pies como de cierva (...)
Mis pasos ensanchas ante mí,
no se tuercen mis tobillos»
(2 S 22,34).

«Corro por el camino
de tus mandamientos
pues tú mi corazón dilatas (...)
Andaré por un camino anchuroso
porque tus ordenanzas voy buscando (...)
Abro mi boca franca y hondo aspiro,
que estoy ansioso de tus mandamientos
(Sal 119, 32.45.131).

Lo propio de Dios es esta acción de abrir, sacar, dar respiro, ensanchar, dilatar; y su mejor imagen es la del parto:

«¿Quién oyó jamás cosa igual?
¿Quién vio nada semejante?
¿Nace un país en un solo día?
¿Se da a luz un pueblo una sola vez?
Pues apenas sintió los dolores,
Sión dio a luz a sus hijos.
¿Acaso abriré la matriz
y no la dejaré dar a luz?, dice el Señor.
¿Acaso la iba a cerrar
yo que hago nacer?»
(Is 65,7-9).

El Dios que «hace nacer» es Aquel de quien dirá el autor del libro de la Sabiduría:

«Tú das tiempo y espacio al pecador
para que se arrepienta» (Sab 12,20).

* * *

13 M. DE CUCAGNAC, *Los símbolos bíblicos*, Bilbao 1994, p. 83.

**«Subió al monte para orar a solas»
(Mt 14,23)**

He subido al amanecer al monte para encontrarte en el silencio, Abba. Desde niño me han atraído los espacios abiertos, y desde la casa en que viví en Nazaret, en lo más bajo de la ladera de la colina, subía a lo más alto para mirar desde allí el pueblo y el valle. Porque me parecía que en aquel lugar me alcanzaban más el sol y el viento y podía ver mejor el vuelo de los pájaros en libertad.

Cuando empecé a ir a la sinagoga, aprendí a rezar con un salmo que dice:

*«Salvamos la vida como un pájaro
de la trampa del cazador:
la trampa se rompió
y nosotros escapamos»* (Sal 124,7).

He venido a buscar muchas veces aquí arriba tu presencia y tu palabra, Abba, y aquí he sentido cómo rompes tú las redes y trampas de los que pretenden darme caza. Me acosan con sus preguntas retorcidas, me acorralan con sus críticas a mi conducta, que les parece escandalosa, y pretenden arrastrarme con ellos por el desfiladero angosto por el que caminan, rodeados de sombrías paredes de imposiciones y temores.

También ellos acuden a mí con sus dudas y sus perplejidades, como Nicodemo, aquel fariseo de buena ley, pero medroso y titubeante, que vino a verme de noche. Cuando expuso ante mí sus preguntas me di cuenta de que su fe era sincera, pero insuficiente para dilatar su vida.

Creía en tu alianza, pero sin atreverse a aceptar que, si eres su aliado, no puedes querer otra cosa que su bien y su felicidad. Defendía la observancia de los mínimos mandamientos de tu ley arguyendo que eres un Dios celoso, pero confundía tu pasión por la vida de tus hijos con la imagen de un Dios posesivo que recela de su libertad. Me escuchó con asombro cuando le dije que tu gloria está en el crecimiento, la iniciativa y la energía de sus hijos, y que eres Tú mismo quien alimenta y sostiene en ellos todo eso.

Había releído una y mil veces el Éxodo, pero temía enfrentarse con horizontes abiertos y le amedrentaba atravesar cualquier desierto, a pesar de confesar que Tú, como un pastor, condujiste a través de él a tu pueblo durante cuarenta años. Creo que para justificar su vida pusilánime prefería imaginarte como un pastor temeroso que, por miedo a que se le escape su rebaño, lo mantiene día y noche encerrado en el redil.

Durante el diálogo de aquella larga noche, tuve ocasión de poner por obra la misión que hice mía en la sinagoga de Nazaret: anunciar la liberación a cautivos y la vista a ciegos, poner en libertad a los oprimidos y proclamar el tiempo de tu gracia. Traté de abrir la puerta del redil que encerraba a aquel hombre y sacarle a campo abierto, dándole anchura, dilatación y respiro en su angustia. Pero me daba cuenta de que le estaba pidiendo un nuevo nacimiento, y que eso sólo puede ser obra de tu Espíritu.

También yo siento ahora mi vida, Abba, como la hora de un alumbramiento; y, como una mujer cuando le llega su hora, me siento angustiado hasta que se cumpla.

Y has sido Tú quien esta noche, en casa de Simón el leproso, me has hecho comprender lo que en este momento quieres de mi vida. Estábamos reclinados a la mesa cuando ha entrado súbitamente una mujer llevando un frasco de perfume: lo ha roto de un solo golpe seco y ha derramado el perfume sobre mi cabeza. El ambiente festivo en que transcurría la cena se ha quebrado, lo mismo que el frasco, y se ha transformado en tensa indignación. En el ámbito cerrado de la sala había irrumpido una ráfaga de libertad, desestabilizando y alarmando a los que pretenden saber siempre qué es lo ortodoxo, lo seguro y lo adecuado. Había que sofocar y reducir aquella amenaza, catalogarla de insensata y echar sobre ella la red de los cazadores, tejida con los hilos envolventes de la utilidad y el dinero: «¡qué derroche!», «¡qué desperdicio!», «¡cuánto despilfarro!», «¡qué afrenta para los pobres!»...

He sentido, como en tantas otras ocasiones, el viento del Espíritu poniéndome en pie y he extendido mi mano para romper la trama con que estaban asfixiando a una hija tuya y para sacarla a espacio abierto. No tenía más arma que mis palabras y las he hecho restallar con fuerza, como cuando en el templo volqué con un látigo de cuerdas los puestos de los mercaderes. He rescatado su gesto, tan excesivo, tan desbordante y carente de medida, tan parecido a tu manera de amar, y le he brindado el juramento solemne de que, allá donde se anuncie la buena noticia, ella será una profecía viva, una ciudad edificada sobre el monte, hacia la que todos mirarán para aprender de su gesto, nacido de la gratuidad del amor.

Mientras tanto, la fragancia de su perfume había invadido la casa y lo impregnaba todo. Y

en ese momento, al mirar el frasco hecho mil pedazos sobre el suelo, he comprendido la parábola silenciosa que Tú me narras esta noche: en aquel frasco vacío y roto está toda mi existencia, convocada al vaciamiento y a la muerte.

Pero junto a él está también tu promesa: ese perfume derramado y libre que vas a entregar en mí cuando llegue mi hora, y que va a convertirse, para gloria tuya, en la vida y la alegría del mundo.